

# LA ESPAÑA ORIENTAL

REVISTA DE CIENCIAS,

ADMINISTRACIÓN, ARTES, LETRAS E INTERESES PREFERENTES DE FILIPINAS

AÑO I

MANILA, 10 DE ABRIL, DE 1888.

NÚM. 40

## SUMARIO

TEXTO:—*Crónica General*, por M. Scheidnagel;—*La Administración pública en Filipinas*, por J. de la Rosa;—*Del palacio á la guardilla*, por García del Esbinar;—*Bendito seas, patron!*, por J. Atayde;—*Homeopatía y Alopátia*, por el Dr. O'Delgborht;—*Revista madrileña*, por Mafergi;—*Los pudorosos*, por G. Viana;—*Casino Militar*, por S.;—*Mesa Reevu.ta*.

FOLLETIN:—*El Ináio Batangueño*, por W. E. Retana.

## CRÓNICA GENERAL

**P**RECISO es confesar, que el escribir en este país, experimentando la poderosa influencia de una temperatura termométrica de treinta y tantos grados centígrados, que es la hoy reinante; acosados por un enjambre de impertinentes y hambrientos mosquitos, que nos chupan la sangre; sintiendo caer sobre el papel copiosos goterones de sudor que, fusionándose con la tinta, emborronan los renglones, y, por último, casi á obscuras,—siendo de día,—para que no nos tuesten los rayos solares, tiene indudablemente cierto mérito, que no puede, ni con mucho, apreciarse allá en Europa.

Tanta humedad, tanta movilidad de pies y manos á que obliga el fiero ataque de los *dípteros* y tanta obscuridad, establecen mucha similitud entre el hombre y alguno de esos grandes *cefalópodos*, que sin cambiar de sitio, se agitan constantemente en el lóbrego fondo de los profundos mares.

Por supuesto, que la posición y el traje adoptados para el caso en Filipinas,—cuando la tarea se ejecuta en casa,—imprimen al individuo un verdadero tinte de pulpo ó calamar, de cangrejo ó camarón.

Pero demos de mano con digresiones zoológicas, nacidas al calor del *idem* y ocupémonos en lo que por ahora importa.

¿Cuál será el resultado de las críticas circunstancias que actualmente conmueven á Europa? Hé aquí la pregunta, perfectamente natural, que se dirigen á sí mismo, todos los que siguen con interés la marcha política de los acontecimientos.

Nosotros, que si bien vivimos alejados del importante teatro donde aquélla se representa, procuramos sin embargo formar juicio propio, investigando la razón de los hechos, según lo permite nuestro humilde criterio, midiendo fuerzas encontradas y calculando las probabilidades que se ofrecen en pró ó en contra de las distintas aspiraciones que no puede menos de revelar la diplomacia de las grandes Potencias; hemos ya anunciado, en crónicas anteriores, nuestro temor de que la solución próxima que se presenta, es la guerra. Y preciso será añadir que si ésta infaliblemente

ha de llegar á ser un hecho, con el fin de esclarecer el enmarañado conflicto que tanto perturba la vida normal y pacífica de los pueblos, cuanto antes venga, será mejor.

De otro modo, se prolonga esa situación violenta, angustiosa é insostenible, que carcomiendo la riqueza de aquéllos, paraliza la prosperidad y bienestar que ofrecen el comercio y la industria, la ciencia y el saber.

¡Ojalá que en la batalla, triunfe aquel cuyo lema, sea proteger en primer término el libre ejercicio de tan sagrados derechos de la humanidad!

Según las últimas noticias que se nos han transmitido por el cable telegráfico, ha causado mucha sensación la publicada por el *Morning Post* de Londres, en que se anunciaba que Rusia trabaja con ahinco para conseguir la neutralidad de Inglaterra; lo que acaso no sería difícil á cambio de promesas que pueden favorecer en alto grado los importantes intereses de la Gran Bretaña en sus vastas y ricas Colonias de Asia. También parece que ésta no se adhiera al último tratado Italo-austríaco.

Entretanto, unos y otros activan sus armamentos en escala inverosímil, adelantándose Rusia, que ya tiene reunidos sobre las fronteras del Oeste, más de un millón de soldados.

Francia continúa su completa reorganización militar, que puede casi considerarse terminada, y apresta en el Mediterráneo una poderosa escuadra, compuesta de 13 acorazados y gran número de avisos y torpederos.

Hasta la heroica Suiza, arma 300.000 ciudadanos, dispuestos á defender la integridad de la patria, desde la alta cumbre de sus pintorescas y queridas montañas.

El león de Castilla reposa de sus fatigas pasadas y es de presumir que á nadie convenga despertarle; porque una vez trabada la lucha, no es dudoso que allí donde acudiese, se declararía la victoria.

Un incendio grande y voraz en los Mercados centrales de París, ha causado pérdidas de mucha consideración. Se quemaron más de 100.000 aves de todas clases, y se teme que además de varios bomberos y mozos que fueron heridos, hayan perecido algunas personas.

En Guyana, se han descubierto ya cimientos de oro, que ofrecen mucha riqueza, dada la inmensa extensión de terreno que ocupan, entre los ríos Lave y Papadaoni.

Las pruebas verificadas en la importante plaza y puerto de Southampton, en Inglaterra, del buque submarino llamado *Nordenfolt*, han sido muy satisfactorias. La prensa dirige al inventor cuyo nombre lleva el barco, grandes y merecidos elogios.

Los funerales del Emperador Guillermo en Berlín han sido sencillos y conmovedores. Presidió el duelo el Príncipe Wilhelm.

Un telegrama de París, fecha 16 de Marzo, da cuenta de que el General Boulanger ha sido separado del servicio, por irse á París disfrazado.

Los periódicos de Madrid, nos enteran de que mientras la intensidad de los fríos y el acerado soplo del Guadarrama, proporcionaban no pocas pulmonías, la célebre Patti estaba haciendo las delicias de sus admiradores en el teatro de la Ópera. Uno de sus principales triunfos, lo alcanzó en el papel de Gilda del *Rigoletto*, dirigido por el reputado maestro Mancinell.

Había muerto el popular y estimado artista de aquel público, Don Ricardo Zamacois; pérdida muy sensible para la escena y para sus numerosos amigos.

En el teatro de Jovellanos conquistaba cada día mayores simpatías el tenor-cómico Sr. Guerra, émulo distinguido del inolvidable Castañazor. En este mismo Coliseo se verificó la noche del 22 de febrero, un grandioso y notable concierto, al objeto de allegar fondos para la estatua de D. Alvaro de Bazán.

En cuanto á noticias políticas, básteles saber á nuestros lectores, que á pesar de haberse suscitado importantes disensiones entre los señores Puigcerver y Gamazo, que pusieron en eminente peligro la indispensable disciplina de la mayoría del Congreso, y de haberse anunciado con insistencia crisis parcial del Gobierno, todos los señores Ministros continúan al parecer satisfechos, en sus envidiables poltronas.

Los federalistas, preparábanse para celebrar un banquete de 500 comensales á 3 pesetas cubierto; lo cual, si bien acusa un precio de lo más módico, no evita que aquéllos hayan podido comerse 6000 reales de *menestra* y otros *excesos*.

Y no se interprete esto como reticencia de ninguna clase; pues nosotros opinamos y opinaremos siempre, que en los banquetes políticos, ó que se verifican con cualquier objeto patriótico, la riqueza debe hallarse en el sentimiento y en las ideas, antes que en las prosáicas vituallas.

Las noticias que trajo el vapor *Manila*, procedente de Carolinas, son muy satisfactorias.

Reina tranquilidad completa, excelente salud y adelantan los trabajos de fortificación de aquél Archipiélago.

El día 4 por la tarde llegó también de Joló el *San Quintín*, conduciendo al Regimiento núm. 2, que sustituye al núm. 7 en esta guarnición y el día 6 el transporte *Cebú* con las fuerzas de Artillería peninsular, que fueron recibidas en el embarcadero de Anda por la banda y música del Regimiento, Jefes, Oficiales y numerosos amigos.

Parece que por ahora han terminado las operaciones de guerra que nos obligó á emprender la rebelión de los moros, y que en breve deberá llegar á esta plaza, nuestro muy querido amigo, el bravo brigadier Arolas.

La Comandancia general del Apostadero, ha recibido una Real orden muy honrosa para el distinguido Cuerpo de la Armada, manifestando el agrado con que ha visto S. M. el celo é inteligencia de que ha dado muestra la Comisión encargada de verificar las pruebas en Hong-kong del cañonero *Filipinas*; y muy especialmente al ilustrado ingeniero naval D. José Ripoll.

El día 3 del actual, á las cinco de la tarde, el Excelentísimo Sr. General 2.º Cabo, D. Antonio Molto,

á quien tuvo la honra de acompañar como intérprete, visitó en nombre de la Autoridad Superior de las Islas al Almirante norte-americano Mr. R. Chandler, que se encontraba á bordo de la hermosa fragata *Brooklyn*, cuyo Comandante es el capitán de navío Mr. Willson. Al entrar en el buque, fué recibido el General con la infantería de marina formada, que hizo los honores, tocando la charanga la Marcha Real española, y pasando después S. E. y sus acompañantes á la cámara, donde fuimos espléndida y galantemente obsequiados.

Una hora después se retiraba S. E. agradablemente impresionado del exquisito trato del Almirante y Oficiales de la fragata, repitiéndose los mismos honores; pero haciendo oír la música, el himno de la Libertad de los Estados-Unidos; que por cierto es precioso.

Una vez reembarcados en la falúa se hicieron los saludos de bandera, disparando la fragata 13 cañonazos que fueron inmediatamente contestados por la plaza. El orden, policía, rigurosa disciplina y excelente aspecto militar de los buques norte-americanos, que por consiguiente pertenecen á la nación más libre del mundo, ponen claramente de manifiesto cuán separadas deben hallarse siempre en la fuerza armada, la Ordenanza y la política.

El sábado próximo pasado se verificó en el Teatro de Tondo, el beneficio del barítono Sr. Falciai Este simpático artista que no tenemos reparo en juzgar relativamente como el mejor de la compañía, dadas sus excelentes condiciones de buena escuela de canto, modulación de la voz, inteligencia musical y conocimiento escénico, rayó á gran altura, y fué calurosamente aplaudido, tanto en su papel de la ópera el *Rigoletto*, como en la romanza de *Maria di Rohan* que cantó de un modo admirable.

Pedir más en Manila, sería pedir gollerías.

#### PRESUPUESTO DE UNA DAMA.

Se trata de una mujer muy aceptable, de las que dan el opio, como se dice hoy en día, y que reuniendo esos diferentes encantos de peligroso análisis que trastornan al hombre, lo convierten en algo que tiene señal ó marca.

Abramos el lindo cuaderno de papel satinado, con artística y elegante cubierta, que encierra el objeto de nuestra curiosidad.

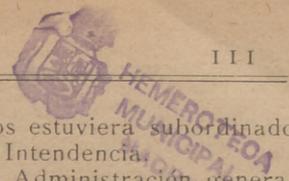
Hé aquí algunas cifras y la justificación correspondiente.

#### PRESUPUESTO ANUAL

##### CAPÍTULO ÚNICO.

##### Ingresos.

Sueldo de mi marido . . . . .	\$ 5.000
Asignación de mi padre político . . . . .	„ 1.000
Valor aproximado de los regalos que nos hacen á mi marido y á mí, que después se pueden vender . . . . .	„ 2.000
Diferentes gangas y entradas imprevistas que no conviene explicar ni confiar á la pluma . . . . .	„ 2.500
<i>Total</i> . . . . .	\$ 10 500



*Gastos.*

Casa, comida, criados y demás necesidades de la vida ordinaria . . . . .	\$ 3.000
Obsequios que me veo obligada á hacer á mis amigas . . . . .	" 10
Regalo para mi amigo el Vizconde de la Remolacha . . . . .	" 1.000
Para vestirme decentemente . . . . .	" 3.000
Teatros y otras menudencias. . . . .	" 2.000
Mi tocador . . . . .	" 1.450
Gastos de mi marido, en Sastre, fumar, guantes, etc. etc. . . . .	" 40

*Total.* . . . . \$ 10.500

De donde resulta:

Ingresos. . . . .	10.500
Gastos . . . . .	10.500
Igual. . . . .	<u>00.000</u>

Como todo en el mundo tiene compensación, ordinariamente en los matrimonios montados bajo este pie—pie precioso, por supuesto—el marido no suele ser ningún derrochador.

MANUEL SCHEIDNAGEL.

LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA EN FILIPINAS

X

Tiene sumo interés en lo administrativo, el modo de ser de las oficinas públicas, sus facultades y la sencillez como manejan los ramos y servicios del Estado, porque de ellas depende el bienestar de los que con las mismas sostienen relaciones. Hemos seguido por esto el desenvolvimiento de la Administración desde su origen hasta nuestros días, y toca hoy narrar los comienzos y competencia de la Administración central de Impuestos directos.

En 1.º de enero de 1842 se creó una Administración general de Tributos, porque había necesidad de una oficina que se encargara de los muchos é importantes trabajos que producía el manejo y recaudación del ramo de tributos y sus anejos, desde el empadronamiento, examen y división de liquidaciones, hasta su recaudación, y sus bajas; y todos estos ramos cometidos á los Oficiales Reales pasaron á la Contaduría general de Ejército y Hacienda y de esta oficina á la de tributos.

No obstante el fundamento y de su creación, se suprimió y cesó en fin de junio de 1843, en cumplimiento de lo mandado por S. A. el Regente del Reino en orden de 15 de noviembre de 1842, volvieron todos los antecedente y papeles de que se hizo cargo la Administración de tributos á la Contaduría general de donde procedían.

Por Real orden de 10 de agosto de 1849 se restableció la Administración general de Tributos y principió á funcionar en 1.º de enero de 1850, agregándola por virtud de la expresada Real orden del 49, los ramos de Propios y Arbitrios y Cajas de Comunidad que, confundidos con los ramos de Hacienda, los administraba la Contaduría general de Ejército y Hacienda.

Por los ramos expresados se creó una sección en la Administración general de Tributos con arreglo á lo dispuesto en Real orden de 17 de mayo de 1854, que encargaba al Gobernador político el arreglo de dichos ramos.

El Gobierno, por su decreto de 19 de abril de 1855, dispuso que la sección expresada en la Administración general de Tributos, para Contaduría ó encargada de la Contabilidad de los ramos de Propios y Arbitrios y Cajas de Comunidad de los pueblos, y que como tal el

Administrador general de Tributos estuviera subordinado al Gobierno político y no á la Intendencia.

Esta sección se separó de la Administración general de Tributos el crearse la Dirección de Administración local, por virtud de Real orden de 30 de agosto de 1858.

También por Real orden de 12 de agosto de 1853 se mandó unir á la repetida Administración general de Tributos, la Dirección de Colecciones de Tabacos; como se efectuó el 1.º de enero de 1854; pero como no venía bien en una oficina de Contribuciones directas un ramo semejante, se creó una Dirección general de Colecciones independientes, por Real orden de 17 de abril de 1854, y cesó de conocer en este ramo la Administración de Tributos el 1.º de agosto de dicho año.

Se creó por Real orden de 17 de abril de 1854 una Administración de Loterías en esta capital, y se ordenó que la Administración general de Tributos en encargase de su dirección y fomento; y efectivamente, esa Administración fué una sección de dicha dependencia hasta que pasó á la hoy Administración Central de Rentas y Propiedades por virtud del Real decreto organico de 13 de enero de 1865.

A consecuencia de este Real decreto de 13 de enero de 1865, que dió nueva forma á las dependencias de Hacienda, cesó la Administración general de Tributos para constituirse desde el 8 de abril de aquel año en Administración Central de Impuestos.

Por virtud de lo ordenado en los presupuesto de 1883, el Gobierno general dispuso por decreto de 27 de enero de dicho año 83, que desde 1.º de febrero se denominarse aquella dependencia Administración Central de Impuestos directos.

Por el Real decreto orgánico de 13 de enero de 1865 fué la Central de Aduanas hasta el 11 de marzo de 1872, que se dió á la Aduana de Manila el carácter de Central.

Los ramos que administró desde su creación, fueron: el tributo de naturales, el de mestizos, el reconocimiento de vasallage de remontados é infieles, diezmos de reservados, vintas, donativo de Zamboanga, capitación personal y patente industrial de chinos, diezmos prediales, el 10 y 20 de Propios y Arbitrios para el Estado.

Luégo se le agregaron los de oficios vendibles, tierras realengas y juego de gallos.

En 1857, al ponerse en planta el sistema de Contabilidad aún vigente, la Contaduría general de Ejército y Hacienda la entregó, los ramos de capitales impuestos sobre fincas, el ramo de temporalidades, canon por el terreno de Arroceros que ocupa el hospital militar, canon por corrales de pesca, mesadas eclesiásticas, medias anatas seculares, bienes mostrencos y los derechos de firma del Real Acuerdo, Gobierno Superior, Superintendencia é Intendencia de Hacienda.

En 1859 se dispuso que las provincias de Abra, Unión é Ilocos pagaran un encabezamiento agregado al tributo, por la libertad de sembrar tabaco y su recaudación estuvo á cargo de la Administración general de Tributos, hoy de Impuestos.

Dispuesto por Real orden de 18 de junio de 1861 el desestanco del aguardiente rom, se ordenó también por decreto de 25 de noviembre de dicho año, que desde 1.º de enero de 1862 todos los tributantes de la Isla de Luzón satisficiesen 7 céntimos de peso al año por encabezamiento, y además por dedicarse á la industria y fabricación una patente de alcohol, ramos que arregló y administró la Administración general de Tributos.

Por decreto de 19 de julio de 1851, se suprimió la contribución conocida con el nombre de vintas, desde 1.º de enero de 1852, que consistía en medio real, ó sean seis céntimos, que pagaban los habitantes de las provincias de Bulacán, Pampanga y pueblos de Nueva Ecija.

Por Real orden de 18 de enero de 1859 se mandó agregar al tributo, la contribución que se cobraba por separado con el nombre de "Donativo de Zamboanga" y consistía en 6 céntimos por tributo, ó sea por cada dos personas.

La centralización del tributo y ramos anejos llevó á la Administración general de Tributos la formación de una de las estadísticas mas difíciles y principales, que es la del censo civil de población, que comprendía á todos los individuos avecinados y establecidos al tiempo de formar la matrícula. A su formación contribuían los agentes locales y muy mucho la intervención y celo de los CC. Párrocos de los pueblos.

Este censo de población era, según la circular n.º 50 de 20 de septiembre de 1851, no sólo la base de la organización de los impuestos personales, sino guía para ilustrar á la alta Administración en las mejoras y reformas administrativas, con arreglo á la verdadera base de población.

La Administración general de Tributos formaba el resumen de todos los cuadros estadísticos provinciales, y daba de ellos cuenta á la Superioridad.

El Real decreto de 13 de enero de 1865, confió á la Secretaría de la Intendencia la formación de la estadística general del Archipiélago, y desde entonces la Administración general de Tributos, hoy de Impuestos, cesó de entender en el censo de población, única estadística que formaba la Hacienda pública, cuyos hechos, gracias al cuidado de los Párrocos y su comprobación, pudieron servir mucho tiempo á la Administración pública y á la ciencia.

Ya dijimos que el ramo de gallos pasó á la Administración de Estancadas en 1857.

Por virtud del Real decreto orgánico de 13 de enero de 1865, forma también á la Administración de Rentas los oficios vendibles y renunciables, las tierras realengas y todos los Bienes del Estado, el 10 y 20 p/o de Propios y Arbitrios, las medias anatas seculares, las mesadas eclesiásticas, los capitales impuestos sobre fincas, los bienes mostrencos y todos los ingresos eventuales.

Dispuesto por Real orden de 29 de octubre de 1857 que los derechos de firma se cobrasen en sello especiales, disposición que rigió el 1.º de enero de 1859, dejó la Administración general de Tributos de entender en estos ramos.

El impuesto de cédulas personales, creado por Real decreto de 6 de marzo de 1834, sustituyó al tributo de naturales, mestizos, encabezamientos y ramos anejos.

Hoy los ramos del presupuesto de ingresos cuya gestión está confiada á la Administración Central de Impuestos directos, son:

Los de cédulas personales, capitación de chinos, reconocimiento de vasallaje de remontados é infieles, diezmos prediales, impuestos sobre la contribución urbana, impuestos sobre la industria y comercio é impuesto por patentes de alcoholes y especial de tabaco.

Su administración se regula por los Reglamentos de los nuevos impuestos, leyes de Indias, Ordenanza de Intendentes y ley vigente de Contabilidad.

Dirige la gestión de todos los ramos indicados y por ello tiene un perfecto reconocimiento de la acción de las Administraciones provinciales, cuyos resultados fiscaliza y censura. Forma por esto cuenta resumen de Rentas públicas.

El Real decreto orgánico de 13 de enero de 1865 confía á este centro el estudio y planteamiento de la contribución territorial, que estaba á cargo de la suprimida Comisaría Regia.

En virtud de función administrativa central, la Administración de Impuestos tiene atribuciones para resolver por sí y en recurso de alzada las providencias de las Administraciones y Subdelegaciones provinciales, sobre todo en los asuntos en que ha de seguirse perjuicios irreparables al Estado ó particulares.—Art.º 9 y 14 de la circular de 15 de octubre de 1765.

Se entiende directamente con los centros y oficinas provinciales y con los particulares.—Art.º 12 de la expresada circular de octubre de 1865.

Los asuntos ha de despacharlos y terminarlos en el plazo de 8 días ó en el de 20, si hay necesidad de reunir antecedentes.—Art.º 13 de la misma circular.

Prepara é instruye los expedientes que personalmente acuerda con el Intendente que son todos los que necesitan autorización superior, los de gestión imperfecta como perdones, condonaciones, bajas, etc. y los que puedan causar perjuicios irreparables al Estado ó á los particulares.—Art.º 20 del Real decreto de 13 de enero de 1865.

Las órdenes que produzcan esas resoluciones, las comunica la Administración Central de Impuestos.—Art.º 21 del Real decreto de 13 de enero de 1865.

Es de las atribuciones de los Jefes de todas las oficinas la distribución de los negociados con arreglo al personal de que disponen, sin dejar desatendido uno solo, por estar á su cuidado la gestión íntegra de todos los ramos á cargo de su oficina. Así lo dijo la Intendencia general de Hacienda en 14 de noviembre de 1871 al Administrador Central de Rentas Estancadas.

Contra las providencias que dicte la Administración Central de Impuestos, se recurrirá en alzada á la Intendencia, en el término de 10 días.

El Administrador Central de Impuestos directos forma el Consejo del Intendente, con arreglo al Real decreto de 13 de enero de 1865.

Tal es la historia, organización, carácter y funciones del Centro expresado, independiente de los otros Centros, sus iguales.

J. DE LA ROSA.

## DEL PALACIO Á LA GUARDILLA

LA marquesa tomaba el té, recostada en elegante mecedora, y apoyaba la cabeza en un precioso almohadón de raso rojo, que hacía destacar algunos rizos de un rubio ceniza, escapados en artístico desorden, de su prendido de mañana. Alargaba de vez en cuando el brazo redondo y blanco, hacía una mesita de maque, en donde un servicio de té de porcelana de Sevres, ostentaba en vapores aromáticos la bebida medilecta de los hijos del Celeste Imperio; tomaba un sorbito, y volvía á mirar al cielo raso de la habitación, gabinete preferido de la dama, lleno de curiosidades, de muebles artísticos y raros, elegantes todos. Desde el suelo al techo, no había lugar para una nueva chuchería, los platos pintados, por varios de los artistas más en boga; las acuarelas premiadas en las Exposiciones más notables, los bronceos artísticos, los búcaros, marfiles, y conchas, manifestaciones del arte, de la riqueza, de la paciencia, y de las cinco partes del mundo, todo lo tenía la marquesa de los Campos, en artístico conjunto de delicado gusto. Un ambiente saturado de violetas de Parma, y una temperatura fresca entraba por los entreabiertos balcones cuyas cortinas de raso y encajes, caían hasta el suelo, dando á la habitación un tinte de luz muy á propósito para los 40 años que no quería la marquesa contar como suyos.

Era el gesto, y la mirada de la marquesa, como de mujer ocupada en serios cuidados, y un pliegue de su boca, marcadísimo mohín de disgusto y de hastío, hizo detener en la puerta de entrada á una jovencita como de 14 á 15 años.

—Mamá—dijo alegremente;—¿te incomodo? puedo pasar contigo unos momentos?

—¿Qué querías?—contestó la dama con cierta indolencia:—¿alguna consulta?...—Y una imperceptible sonrisa se dibujó en aquellos pliegues desdeñosos de su boca.

—Sí, mamá; sí, riéte de mí... ¿qué quieres?... sabe una tan pocas cosas en el colegio...!

—Pues mira, allí estabas para aprender muchas.

—¡Ah!, sí, otro género de cosas... mas esa sociedad de la cual eres tú reina...

—¡Aduladora también...?

—No, mamá; lo oigo decir á todos... y yo... me encuentro tan torpe... es preciso que me des algunas lecciones...

—Cansada estoy, Carolina, de ser maestra de tus hermanas y luego, ¿para qué? una en Londres, otra en Rusia...

—Pero... debe de ser muy agradable, verse tan obsequiada... embajadora... y...

—Vamos, niña; dime esa pregunta para la cual has venido.

—¿Te reirás mamá? Me da vergüenza consultarte y se me ocurren tantas cosas!... Decía la madre Asunción, que en el mundo... todos teníamos una sagrada misión que cumplir: el deber de estudiar cuál fuese, y no dejar el mundo habiendo sido inútil era una cosa de especial cuidado para las almas buenas... ¿Qué te parece mamá...?

—¿De qué? ¿de la madre Asunción?

—De eso que decía...

—¡Ah!, sí!, bien!... dijo la marquesa mudando la posición de su cuerpo delicado y perezoso y en un tono que no dejaba duda empezaba el aburrimiento.

—Quiero decir, mamá, que yo pienso mucho en eso... y no sé... mamá, qué misión puede ser la mía... me parece que nada útil hago, ni á nadie sirvo, tú debes saber...

—Mira, Carolina; del colegio sales con ideas demasiado místicas: todos los consejos de las buenas madres no pueden tomarse tan en absoluto... su vida tiene un solo objetivo, y el de las niñas que han de vivir en el mundo, otro... No te preocupes tanto de ciertas cosas.

—Mamá... es que, si tú me permitieras... subir á la guardilla... allí hay una familia muy pobre... y yo creo que podía servirte de mucho la limosna que les diese por mi mano; tal vez sería esa la misión que me estuviere destinada...

—¿Crees á una señorita como tú, en condiciones, de ver esas repugnantes miserias, de aspirar una atmósfera malsana, de oír palabras soeces y presenciar escenas poco edificantes? ¡Vamos, Carolina! Hace pocos días que has salido del colegio, y tus ideas fluctúan entre lo nuevo que en el mundo ves, y lo que allí has visto; te lastiman los contrastes y de ellos se compone el mundo.

—Mamá... los ricos debemos...—dijo la joven con una emoción que en vano trataba de ocultar.

—¡Niña!—dijo su madre con marcado disgusto—yo doy á la sociedad de San Vicente, y al hospital de Caridad, y al de la Inclusa, .. Cumpro como debo.

—Sí mamá, sí, ya lo sé,—dijo ella vivamente.—Esto que yo te pedía era un permiso especial... ¡son buena gente! un matrimonio con una hija casi de mi edad y me es tan simpática, que sería muy feliz si me permitieses socorrerles yo misma con mis ahorrillos: puede acompañarme la doncella Inés... ¡ya ves!.. sólo la escalera..

Enteróse la marquesa de que los habitantes de la guardilla eran buena gente, y dió á Inés orden de acompañar á su hija. Deslizóse Carolina por miedo á que se arrepintiese, arrastrando á la doncella tras sí, mientras la marquesa, con señales marcadísimas de disgusto, se balanceaba en la mecedora y murmuraba lentamente:

“¡Dichosos colegios! Cuestan mucho dinero, y en suma no sirven para nada! ¡Qué colegialas tan impertinentes!”

De dos en dos subían Carolina é Inés las escaleras, alegres como pájaros á quienes abren la jaula; el corazón latiendo vivamente, los ojos brillantes y el ánimo asaltado por la caridad que ambas creían hacer á los míseros vecinos de la guardilla, y libres ambas del frío respeto, de la ceremoniosa conveniencia que se respiraba en la suntuosa morada de la marquesa, subían y reían de los incidentes más inocentes que resultaban de la ascensión; paróse por fin en una de las últimas mesetas Carolina, y miró por las ventanas que daban luz á la escalera, la mano conteniendo el pecho jadeante, la faz encendida, el panorama que descubrían sus ojos

—¿Sabes, Inés? me gusta más esta vista... el cielo, los pájaros, las tejas, que no la obscuridad y las paredes de la casa de enfrente, que es cuanto veo desde el principal.

—¡Ya lo creo!... por una vez... ¡mire V, señorita: dan vértigos mirar hacia abajo: ¡qué horror! y esta pobre gente tiene necesidad de estar bajando y subiendo...!

—Vamos Inés, vamos; llama tú. ¿Qué nos dirán?

Ejemplo de salida en napolitana:

<p>{ Caballo de copas Sota de copas Siete de copas Seis de copas</p>	<p>{ Cinco de bastos Cinco de oros Cinco de espadas</p>	<p>{ As de bastos Dos de bastos Tres de bastos Cuatro de bastos</p>	<p>Panguingue: salida en napolitana.</p>	<p>—Vale dos tantos.—</p>
--	---	---	--	---------------------------

La jugada que gana con once reyes, ó con once caballos, ó con once sotas, etc.—menos los ases,—es también napolitana, y se paga á dos tantos.

Cuando todas las cartas de una salida en llano son del mismo palo, entonces se dice napolitana también, y se la distingue con el nombre de *plusada*.—Esta vale dos tantos.

Pero si la plusada y el embono empieza por el as, y sigue sin interrupción hasta el caballo, entonces la jugada toma el nombre de *plusada-apolitana*, y se paga á tres tantos.

También se paga á tres tantos la jugada que gana con dos napolitanas de distintos palos.

Si se gana con tres napolitanas de distintos palos, se cobra á cuatro.

Y si las tres napolitanas son plusadas, esto es, del mismo palo,—que es el *desideratum*,—entonces se cobra á cinco.

Tales son los lances de este laberíntico juego, el cual practican con tan asombrosa rapidez, que constantemente se van *arrancando* las cartas del montón, sin detenerse un segundo, hasta que uno de los jugadores hace panguingue.

Los embonos hechos, se ponen á la vista de todos, *tendidos* sobre la mesa y frente á la persona á quien pertenecen.

VIII

El gallo es el completo del indio. Raro es el indio que no tiene uno por lo menos. La frase no recordamos qué autor, “un matrimonio sin hijos es una jaula sin pájaros,” nos induce á componer esta otra, quizá más exacta que la apuntada: un indio sin gallo es una jaula vacía.

Aun aquellos que se dedican á la servidumbre doméstica, tienen generalmente un gallo, que acarician durante los ratos en que ponen tregua á sus ocupaciones.

El indígena sementero, ó sea el que habita en el campo, dedicado á las faenas agrícolas, es el más amante de ese altivo bípedo del orden de las gallináceas.

Todo indio adora con mas ó menos fervor en su gallo; pero es cosa averiguada que en ese entusiasmo entra algo el interés, pues que tanto cuidado y tanta caricia no van más allá del

—¿Qué van á decir? Pobrecilla Juana, yo la conozco hace tiempo, ¡es más buena! y más mujer de bien, si V. supiera, señorita, los trabajos que están pasando!

—Por qué no se lo dijiste á mi madre?

—No conviene á las que servimos estar descubriendo miserias. No todas son tan buenas, señorita; y no debe V. decir que yo le dije de esta pobre familia...

—No tengas cuidado, Inés; no diré nada. Y aguardó en silencio que abriesen la puerta, á la cual la doncella había dado con los nudillos.

—La alegría que la proporcionaba su corazón sano, y el impulso generoso que la guiaba, trocóse en profundísima conmiseración á la vista del interior de la guardilla. De una sola pieza se componía, con tan gran declive, en el techo, que permitiendo á sus habitantes andar y moverse por el lado alto, no podían hacerlo por el bajo, sino encorvándose mucho. Una pobre cama de madera basta, un catre, una mesa de pino, cuatro sillas, y un hornillo junto á la ventana que daba encima de las tejas, era todo el ajuar, y las comodidades que rodeaban al matrimonio y á una hija casi de la edad de Carolina.

—¡Inés!—dijo la mujer muy complacida.

—¿Creeías que te olvidaba, he?... ¡Hola, señor Pedro! ¿Cómo va de salud? ¿Y tú, Juana? Vamos, muchacha, te vas poniendo guapa! Siéntese V., señorita. Mira Juana, quería verte y quiso la señorita venir conmigo.

—Sea muy bién venida!—dijo la mujer muy cortésmente, mientras que el señor Pedro miraba con la faz torba la cándida figura de la joven que trataba de entrar en conversación con la muchacha.

—¿Y cómo vamos de trabajo, señor Pedro?

—Mal, muy mal, las cosas se presentan peor de día en día, los pobres vivimos peor que los perros... ¡Hasta que no lleguel...

—¡Calla, Pedro, por Dios! si no tenemos paciencia.

—¿Más vamos á tener aún?—exclamó el hombre violentamente.—Mire V., Inés, se ha muerto el único hijo que

tenía y no he podido ni comprarle una cruz en el cementerio: á la fosa común lo vi hechar mientras estaban levantando allí mismo un panteón que costaba muchos miles de duros... ¿Y eso es ser cristianos? No, Juana; no me digas más de paciencia! mi pobre hija necesita pastillas, ó no sé qué menjurje dijo el médico. ¿Hemos podido comprarlas? ¿no te matas tú trabajando hasta las tantas de la noche, alumbrada por una mala vela de sebo, para no morirnos de hambre mientras que en el principal derrochan una fortuna cada noche de baile? Tiene tu hija más enfermedad que miseria. ¿Qué hago yo si hace quince días que no tengo trabajo? ¡No; esto no lo manda Dios... y es preciso buscar el remedio!!

—Señor Pedro.—dijo Carolina, temblándole la voz y tiliando dos lágrimas en sus hermosos ojos;—mucha razón tiene V. para enfadarse... Mas crea V. que no puede mi madre saber las penas que VV. pasan! Permítame V. que venga algún ratito con su hija y compre esa medicina con mis ahorros.—Y de pie, temblorosa alargó diez duros al hombre que sin moverse de la silla, ni contestar una palabra miró á su mujer y pareció desarrugar aquellas durísimas líneas de su contraído semblante. Juana tomó el dinero y apretando con efusión las blancas manos de la joven, estalló en sollozos.

—¡Gracias, señorita! perdone V. á mi pobre Pedro ¡está tan amargado!... mi pobre hija está muy débil... y no tenemos nada para cenar.

Y desde aquel día, la familia pobre era socorrida por el alma generosa de la joven ingeniosísima para aquella obra, que creía le estaba encomendada. Ropa, dinero, comestibles, todo lo que podía se deslizaba de sus manos á las de sus protegidos.

Fué preciso mudarse, la salud de Juanita lo exigía, y aún privándose de aquellos ratos en que Carolina encontraba los goces de su espíritu, la familia pudo, gracias á la joven, vivir con cierto desahogo.

momento en que el gallo perece á consecuencia de la cuchillada que le propina el adversario en la gallera.

Es el gran indio madrugador; y su primer cuidado, tan luego abre los ojos, es saludar á su querido gallo. Toma á éste con la mano izquierda, la cual pone debajo de la pechuga del bípedo, de suerte que el caparazón engrane con los dedos anular y de enmedio de la espresada mano. De este modo, queda el mimado animal con las patas completamente estiradas: no se mueve; si acaso, es para erguirse y lanzar al aire un sonoro *ki-ki-ri-kii...* especie de desahogo en que manifiesta hasta dónde llegan su satisfacción y bienestar. Colocada el ave de la manera que dejamos dicha, el dueño la soba fuertemente en sentido oblícuo, ó sea en el de la pluma. De cuando en cuando, toca con la yema del índice la parte más posterior del animal: allí está la *tenaza*, que la constituyen dos huesos puntiagudos, los cuales indican es tanto más bueno el gallo, cuanto más separados estén los tales huesos. Pasa el gallo á la mano derecha, y con la contraria hace exactamente lo mismo que ha hecho la que ahora le sostiene. Todos estos sobos, aparte de que son un testimonio del febril entusiasmo del que los hace, tienen un importante objeto; el de rebajar la pluma del gallo (para que parezca muy chico) y el de vigorizar sus miembros.

Suelen los indios pasarse horas enteras mirando las patas en su gallo. Les cuentan las escamas, observan las retinas y les estiran cruel-

Llámase salida *en llano* el juego en que ninguno de los embonos por contados empieza por el as. (1)

Cuando esto sucede, ó lo que es lo mismo, cuando uno de los embonos por contados consta de as, dos y tres, entonces se llama ganar por salida *en napolitana*.

Ejemplo de salida en llano:

Embono por contados	{ Rey de oros Caballo de oros Sota de oros <i>Siete de oros</i>	} Panguingue: salida en llano —Vale un tanto.—
Idem por pares.	{ Sota de copas Sota de espadas Sota de bastos	
Idem por pares.	{ Cuatro de oros Cuatro de bastos Cuatro de copas <i>Cuatro de espadas</i>	

más reales.—Esto depende de lo que estipulan los jugadores, antes de empezar el juego.

(1) Esceptuase el caso en que las once cartas son iguales en número.

Pasaron muchos meses: llegó un día de conmociones para España; proclamóse la República, y entendieron muchos, que esto quería decir licencia y abuso, y hubo momentos en que, no el pueblo sensato que trabaja, produce y crea, sino el populacho soez y vicioso, despararramóse, alucinado por arengas sediciosas, penetró en los templos, y en las casas ricas, gritó hasta enronquecer "¡abajo todo lo existente!" y llevó como un caos de horrores al seno de toda persona sensata.

Una de aquellas casas señaladas por las turbas fué la de la marquesa de los Campos. Entraron tirando y destrozando cuanto encontraron por su paso hasta el gabinete favorito de la dama.

El miedo, el horror á las turbas, la impresión del allanamiento de su morada, que ella había juzgado como á santuario, habían quitado palabras á su boca, y hasta pensamientos á su cerebro. Pálida, convulsa, aielada, sosteniéndose á duras penas contra aquellos escojidos muebles de su estancia, había visto huir á sus servidores y no parecer ni un amigo; sólo Carolina, aquella hija rara é impertinente, según la marquesa, aquella era la única que á su lado trataba de sostenerla. Buscaba con insaciable afán la turba que todo lo invadía, dinero para repartirse, y en su ignorancia, rompían y tiraban objetos que valían un capital.

—¡Pronto!—dijo uno de ellos impaciente,—suelta los cuartos si quieres estar bien con tu pellejo y se encaró con la marquesa que sintió flaquear sus piernas y obscurarse su vista.

—¡Todo lo que hay en casa, todo!—dijo Carolina nerviosamente,—todo se lo pueden llevar; pero no toquen por Dios á mi madre!

—¡Chiquilla! estás loca? si esto está lleno de baratijas, ¿para qué sirve tanto muñeco? dinero es lo que hace falta.

—¡No tengo! ¡no tengo nada!

—¡Eh! tu madre es á que tiene! ¡Vamos pronto! te creías que no iba á llegar la de los pobres? Y tomó la mano

de la marquesa y sacudió con fuerza su brazo. Carolina sintió como si azotaran su cara, agarró con sus manos blancas y delicadas la del miserable y llenos de lágrimas sus ojos.

—¡Mátarme, Matarme á mi; pero no toquéis á mamá!

—¿Quién habla aquí de matar?—gritó Pedro con tremendo bozarrón entrando armado hasta los dientes.

—¡Pedro! ¡señor Pedro!—gritó Carolina, corriendo hacia él—¡mi madre! ¡mi pobre madre! ¡socorro! ¡salvenos V.!

—¡Fuera de aquí todos! sabéis la casa que habéis profanado? la de un ángel que amiga de los pobres dió la vida á mi hija, á mi mujer y me reconcilio con los ricos: la república no es para robar sino para hacer justicia!—y empujó á los hombres que salieron sin decir una palabra, salió el último y al cerrar la puerta se encontró con las manos de Carolina.

—¡Gracias Pedro! gracias por ella!

—¡Gracias! ¡por V.! ¡sólo por V.! dijo bruscamente cerrando la puerta de golpe.

Corrió la joven hacia su madre, que sollozaba convulsivamente.

—Carolina; hija mía! te debo la vida! ¿quién es ese hombre? ¿dónde?

—El antiguo vecino de la guardilla, ¿Ves?—dijo sonriendo en medio de sus lágrimas;—mi misión debió ser cultivar su amistad y crear corrientes de simpatía desde esta casa á la suya!

—¡Tremenda enseñanza, hija mía, la que recibo de ti y que no debíramos olvidar los ricos!

—Debiera haber un puente, mamá, de los palacios á las guardillas.

—¡Ah, sí! el puente fan olvidado por la humanidad, de las palabras del maestro: ¡sois hermanos!

García del Espinar.

Supongamos que la tendida es la sota de oros. Si el mano embona con ella, se va de la carta que menos le sirva, la cual será con relación al jugador siguiente, lo que la tendida al mano. Si el mano no puede embonar con la sota de oros, arrancará la primera del montón, el caballo de copas, por ejemplo. Si con él embona, se va de una carta, la cual la considerará el siguiente como tendida. Pero si el mano no puede embonar tampoco con el caballo de copas, éste pasa á disposición del jugador que le sigue, el cual, en caso de que no pueda embonar con él, arrancará una nueva carta del motón, el cinco de espadas, por ejemplo. Que embona; pues se queda con él, y tira una de las que tiene en la mano, que viene á ser la tendida, para el jugador siguiente. Que no embona con el cinco de espadas; pues pasa éste al jugador de la derecha,—que en nuestro ejemplo hace el número tres,—el cual sigue iguales procedimientos que el que le precede.

Y así sucesivamente, van dando vueltas hasta que uno forma tres embonos de tal suerte que, la carta número diez, embone asimismo con uno cualquiera de los tres embonos hechos. Y además, que el naípe número once, ó sea la que le depara la suerte cuando llega el turno, embone también con uno cualquiera de los embonos. Entonces ha hecho panguingue, y cobra á sus contrarios uno, dos ó más tantos (1), según sea la *salida*.

(1) El tanto puede ser de medio, uno, dos, tres ó

mente los dedos, y de vez en cuando, le *refrescan* las orejas con saliva.

El gallo batangueño, tan famoso casi como el de la Laguna, suele ser de mediano volumen, poca cresta, pero ancha, arrogante en sus aposturas y de pico muy corto.—El color recorre todos los matices.

Sólo los días festivos pueden los indígenas jugar al gallo. En todos los pueblos de la provincia hay un edificio *ad hoc*, llamado *gallera*, en cuya pista se ven los sangrientos lances que provoca la pelea de un gallo con otro.

Hay indio que arriesga ciento ó doscientos duros (y más) á favor de su gallo favorito. Actualmente las grandes apuestas no son comunes; no porque haya decaído la afición, sino porque están casi todos los *ricos* muy mal de dinero, á consecuencia de las malas cosechas que vienen repitiéndose desde hace cuatro ó seis años.

Depositadas las apuestas, los dueños arman á sus gallos, á manera de espuela, en la pata izquierda, una finísima cuchilla tan punzante y cortante como el mejor bisturí. Del modo de *soltar* los gallos depende casi siempre el éxito de la victoria. Suelos éstos, se miran, ahuecan el plumaje del cuello, y se embisten, hasta que uno de los dos rueda por el suelo ó sale herido. Gana el gallo más valiente: así, que muchas veces se declara la victoria á favor de un moribundo de quien huye sano y salvo el contendiente.

## ¡BENDITO SEAS, PATRON!

## I

Hizo la mano de Dios,  
pródiga, justa y sentida,  
que á las penas de la vida  
sigan consuelos en pos:

Y al humano corazón  
impuso, como destino,  
el amor, al peregrino;  
al extraño, la afección:

Así es, que en cualquier sendero,  
por este instinto bendito,  
país encuentra el proscrito,  
mano amiga, el extranjero.

Por él, hasta en la acritud  
del forzoso alojamiento,  
aparece el sentimiento  
de amante solicitud.

## II

Miramos cruzar un sér,  
sin destino y al azar,  
que es difícil explicar  
su existencia y comprender.

Del vulgo la inspiración,  
que todo lo especifica,  
á este sér que no se explica,  
llama "carne de cañón."

De la vida en el umbral,  
borra su alegre camino  
y obscurece su destino,  
¡sólo un número fatal!

Número cruel, que convierte  
la más lozana existencia,  
en un tronco de obediencia  
y en una lanza de muerte.

## III

¡Cuán triste queda el hogar,  
donde un hijo fué sorteado;  
y ve alejarse al soldado  
con su equipo militar!

No se sabe á qué confín  
irá por tierras y mares,  
olvidando amores, lares,  
y su principio y su fin.

Que de este modo se alcanza  
á ser con la suerte cuerdo:  
matando el viejo recuerdo  
y la naciente esperanza.

## IV

Paría que va sin sendero  
por la tierra caminando;  
náufrago que está esperando  
que el mar le arroje un madero.

Quien de esta manera vive,  
no es extraño que bendiga  
al pisar la playa amiga,  
la tierra que le recibe.

No es extraño que al hallar,  
que se le tiende una mano,  
llegue franco, amante, ufano,  
contra su pecho á estrechar.

Que si puede un corazón  
consagrar, al verse amado,  
la bendición del soldado,  
¡será una gran bendición!

JUAN ATAYDE.

Estos asuntos resuélvelos un sujeto llamado *sentenciador*. Pero cuando el perdidoso no se conforma con el fallo del *sentenciador* (lo cual ocurre muy raras veces) acude al Juzgado de primera instancia. El señor juez, despues á oír el parecer de unos cuantos testigos inteligentes, dicta resolución definitiva, inapelable.

Según los maestros, un buen gallo de pelea debe de reunir estas condiciones: mediano de volumen, duro de carnes, recogido de alas, gran brincador, vista fina y muy viva, patas no muy gruesas y dotadas de pocas y grandes escamas, cuello levantado, tenaza muy abierta y pico pequeño.

Las riñas de gallos son para los habitantes de Filipinas lo que las corridas de toros para los españoles. Esta relación establecida por el Dr. Eydoux, nos parece digna de ser aceptada. Sin embargo, notamos una gran gran diferencia entre los aficionados á los toros y los aficionados á los gallos. El público que se sienta en las gradas de un circo taurino de la Península, anima con sus voces al hombre que diestra y valerosamente expone su vida delante de una fiera, ó le grita y recimina con los más duros apóstrofes cuando lo hace mal ó con poca voluntad; pero ocurre una cogida, y un grito unánime de terror resuena en todo el ámbito de la plaza.—Y á la salida de ésta, nada digamos de lo mucho que se discute tal ó cual estocada.

En las riñas de gallos no ocurre semejante cosa.

entonces verá de hacer el embono por contados; que consiste, en combinar dos de sus cartas con la *muestra*, de modo que las tres hagan *escalera*.—Suponiendo que la sota de oros es la tendida, si el jugador tiene un caballo y un rey, ambos *precisamente* del palo de oros, puede embonar con la sota. También puede embonar con seis y siete de oros, ó con el siete y el caballo, de oros por supuesto.

Si el jugador embona, toma la tendida, á la cual une las otras dos compañeras, y se va de la carta que menos estime. De modo que toma una y se va de otra.

Esta de que se va el que ha hecho el embono, constituye la *nueva tendida*, con la cual, el individuo siguiente, podrá ó no embonar según los naipes que tenga en la mano.

Pero vamos á suponer que la tendida no le haya servido al mano para hacer ningún embono. En este caso, desprecia la muestra, y *arranca* la primera del montón. Vé si con esta nueva carta puede hacer algún embono; en caso favorable, lo hace—yéndose, por consiguiente, de la carta que menos le convenga, la cual será la que le sirva al siguiente para hacer sus embonos;—y en caso de que no pueda embonar, entonces, el jugador siguiente considera la recién arrancada con tendida, y con ella combina ó no, según pueda ó no pueda hacerlo.

En resolución, y para que nuestros lectores lo comprendan mejor, vamos á poner un ejemplo.

## HOMEOPATIA Y ALOPATÍA

Incertis unitas, in dubiis  
libertas, in omnibus charitas.  
S. AGUSTÍN.

La defensa de la práctica de  
la verdad es el único objeto de  
la vida del hombre.

R. HUGHES.

Cuando se medita sobre la esencia y condiciones de los conocimientos humanos, no se puede menos de percibir la existencia de dos sabidurías; una absoluta é infinita, que brilla con esplendor divino en las leyes de la naturaleza y en los fenómenos que éstas producen; y otra humana, débil y limitada, que tiene por objeto querer aproximarse á aquélla sin cesar para saberlo todo,—pero esto tampoco es patrimonio de ninguna inteligencia privilegiada.

Por eso, cuando en la esfera de la ciencia aparece una de esas grandes concepciones, que chocan con todo lo existente y admitido, y trastornan las teorías y los sistemas y llevan cambios radicales á la parte práctica y de aplicación, se la mira con prevención por la generalidad y no se la admite mientras no se la haya sometido á la piedra de toque de la razón y de la experiencia. Si de ella surgiesen verdades fundamentales demostradas por los atrevidos genios que la han ensayado; entonces sucede que la concepción de algunos pocos sabios, la abren paso por entre las disputas de las escuelas; vence en buena lid cuanto racionalmente se la combate y ya no retrocede jamás y penetra por el mundo civilizado encontrando siempre apoyo en dos clases de hombres; en los de inteligencia privilegiada y en los que comprenden las verdades más bien por el sentimiento que por operaciones lógicas del juicio.

Este fenómeno, cualquiera que abra la historia, verá que se repite en todo cuanto constituye el saber humano, lo mismo en filosofía que en literatura, lo mismo en política que ciencias exactas, artes, agricultura, etc., etc. Aparece una verdad innovadora y la generalidad la rechaza. Sólo unos pocos de superior inteligencia la comprenden y la demuestran. Más tarde otros se convencen ante la generalidad de los hechos y la aceptan y la practican. Y entre tanto, con ese doble apostolado de hombres de razón y talento privilegiado, y otros de buen sentido dotados, el pensamiento reformador, crece, se infiltra en la ciencia y la depura y borra lo antiguo para dar cabida á lo nuevo, que ha nacido á su lado, lo cual vivirá todo el tiempo que tarde en dar la humanidad sus frutos.

Tales han sido las evoluciones de la gran concepción médica nacida al comienzo del siglo XIX, cuando todo en las ciencias se conmovía á impulsos del deseo de una vida nueva en las sociedades. Desmoronábase el edificio antiguo, que continúa desplomándose y entre cuyos escombros se guarecen los enemigos de toda reforma, los que se asustan de todo progreso, porque no comprenden que pueda levantarse otro edificio mejor que aquel dentro del cual han vivido.

En medio de esa anarquía, aparece la gran concepción hahnemania, destinada á reconstruir la verdadera ciencia, y formar una doctrina completa, á armonizar todos sus elementos, á establecer la práctica positiva, asimilándose lo que encontrara aprovechable en la ciencia de la tradición. Hahnemann, dotado en un genio superior, abarcó con su mirada de águila el pasado y el presente, comprendió con su examen toda la medicina de los siglos, la vió impotente como arte, sin construir como doctrina y de su mente surgió la fórmula que entrañaba un mundo de progreso, un método nuevo de estudio y de aplicaciones leyes y principios exactos, infalibles, y ofreció á las generaciones venideras un organismo nuevo de ciencia que está destinado á aniquilar por completo el edificio de la medicina antigua por más que la *Dosimetría* haya venido á remendarle, para que no se vean

tanto las brechas abiertas en sus muros. La *homeopatía* es una nueva medicina, que no rechaza los conocimientos de la ciencia antigua que los utiliza y se los asimila; pero que es distinta de la *alopatía*, y por esto es que chocó con todas las creencias y con todo lo admitido hasta su aparición.

Sólo unos cuantos hombres de inteligencia clara, que razón fuerte, de espíritu despreocupado, fueron los de la aceptaron porque la comprendieron. Ellos la comprobaron y después la enseñaron. La predicación se ha ejercido y se ejerce con valentía, la discusión se sosa tiene con pruebas y hechos clínicos, y la propaganda ha sido tal, que la nueva doctrina ha invadido todas las naciones del globo, y en todas ha encontrado prosélitos entre los hombres de mayor capacidad intelectual, seguidos de los que dotados de buena fé, creen por los hechos, aun cuando no comprenden los fundamentos de la doctrina, siendo hoy tal el estado de la *medicina, homeopática*, que es imposible ya detener su progreso resistir á su invasión creciente, quedando sólo ya en el campo de los que la rechazan: los que no la conocen, los débiles de entendimiento, los de conciencia dudosa, los que se avergüenzan de cometer esas mal llamadas apostasías, no siendo sino un homenaje á la verdad; los que son maestros de la escuela antigua y tendrían que convertirse en discípulos de la moderna; los que encuentran sus intereses en oposición con declararse partidarios de la homeopatía—todos estos son los que la rechazan. Esto sucede con todas las grandes conquistas de la humanidad.

Cuando, por el contrario, se anuncia un absurdo, se proclama una patraña como un gran descubrimiento, entonces su evaluación por las inteligencias sigue una marcha contraria. La aceptación es inmediata por la generalidad de las gentes, porque los hombres de talento verdadero y de buen sentido, están en minoría; ellos rechazan ó no aceptan el absurdo proclamado; pero la mayoría, compuesta de medianías y nulidades, tengan ó no títulos académicos, admite el absurdo y el error, porque es lo que armoniza con su imperfecta inteligencia, y solamente cuando á fuerza de desengaños y de hechos prácticos se convencen del error que envuelven, es cuando la desechan. Los anuncios de los específicos nos sirven de ejemplo. En seguida encuentran millones de prosélitos entre el vulgo que tiene poco sentido común, el cual está en mayoría, y entre los médicos que no tienen de tales más que su diploma, los cuales (y con perdón sea dicho) forman también el mayor número; y únicamente los de juicio sólido, los de talento claro, los de inteligencia superior, son los que rechazan las pretendidas panaceas. Pero ¿se trata de un descubrimiento, de una verdad regeneradora? Pues entonces la multitud es quien la rechaza; y la escasa minoría de los hombres sabios y de vigorosa inteligencia, los que la aceptan.

DR. O'DELGBORTH.

(Se continuará.)

## REVISTA MADRILEÑA

Mi estimado amigo y Director:

El nombre de D. José M.<sup>a</sup> de Pereda no es desconocido en la república literaria: antes bien, es en ella muy apreciado desde que escribió las *Escenas montaÑesas*.

Dentro del género *novela* ha cultivado, principalmente, lo que podríamos llamar la forma  *pictórica* á la variedad *descriptiva*, esto es, la *novela paisajista*, siendo la montaña de Santander el obligado teatro de casi todas sus obras. A este grupo pertenecen: *El sabor de la sierruca*, *Bocetos al temple*, *Esbozos y rasguños* y *Tipos y paisajes*.

Ha escrito, también, novelas que podríamos llamar *políticas* ó por lo menos, *político-sociales*, como *El buey suelto*, *De tal palo, tal astilla* y sobre todo, *D. Gonzalo Gam á'es dela Gonzalera*.

En otras, por último, como en *Pedro Sánchez*, su obra maestra, indudablemente, armoniza las dos tendencias, pues los primeros capítulos los constituyen preciosas descripciones de un pueblo de la provincia de Santander y los restantes son la pintura de la revolución del 54, con todos sus antecedentes y consecuencias.

En *Sotileza* volvió, luego á su primitivo estilo paisajista y descriptivo, y en *La Montálvez*, objeto de mi atención en estos momentos, ha tomado nuevos rumbos y derroteros.

El Sr. Pereda era el único novelista contemporáneo—de los que escriben, no de los que la política han robado á la literatura—que se había sustraído á la influencia del *medio ambiente*, como se dice hoy, de la novela moderna. Sus obras no se resentían de la influencia transpirenáica, no estaban imbuídas por el naturalismo francés, como algunas de Galdós y la Pardo Bazán y muchos de los discípulos de aquél.

Pues bien: en *La Montálvez* se deja sentir ya este influjo: hay ya detalles muy naturalistas, aunque tratados con la delicadeza, discreción y sobriedad propias de novelador tan reputado. No podrá tachársele ni de de atrevido, aunque sí algo de inverosímil, pues los pactos y convenios que precedieron al matrimonio de la protagonista, no ocurren, por fortuna, en el mundo, aunque luego se proceda como si se hubiesen hecho.

Los consejos de la madre á la hija, más que naturalistas son repugnantes, y aunque existan monstruos de esa especie y madres tan desnaturalizadas, no es ese, dichosamente, el tipo tradicional de la madre en la Literatura ni en la realidad, y aunque las haya, por desgracia, no deben llevarse á la novela.

Por lo demás, la tendencia general de la obra, fuera de estos detalles francamente realistas, le da más bien un carácter pesimista, también hoy muy de moda en el Arte moderno, tanto en el teatro como en la novela y en la poesía lírica: tendencia que encaja igualmente en la fisonomía literaria del autor de *Pedro Sánchez*.

*La Montálvez* es la narración, en parte autobiografiada, de la vida de una mujer que hubiera sido, quizá, buena, si álguien se hubiese cuidado de darle una educación conveniente.

Preterida por sus padres, que sólo querían á un hermano suyo varón; es enviada, fuera del hogar doméstico, á un colegio francés en donde únicamente le enseñan frivolidades y clases de adorno y, en cambio, contrae amistades que han de serle, luego, muy perjudiciales y el verdadero origen de su perdición.

En efecto; ya en Madrid, muerto su hermano y después su abuelo, única persona que la quería, las malas compañías del colegio y la misma elevada posición en que se encontró con la herencia de cuantioso caudal, fueron, poco á poco, y sin que acaso ella misma lo sintiera, haciéndola caer en una vida, al principio nada más que disipada; pero luego, sobre todo después de casada y más aún cuando envuvió, licenciosa y libre, olvidada de todo freno moral aunque guardando ciertas exteriores apariencias, más bien por estética y buen gusto, que por conservar ningún rastro de virtud.

Mezclados con estos repugnantes sucesos, hay también, un idilio: los amores platónicos de la hija de la protagonista con un honrado joven, hijo de ricos, pero modestos comerciantes.

En el naufragio de todas sus virtudes, sólo conservó la Montálvez una incólume, su amor de madre, y en esta es, precisamente, donde el autor, ejerciendo de Providencia, la castiga de todos sus vicios pasados y es, tal virtud, además, el origen de que se redima y salve.

En efecto, en los idílicos amores de que hablaba antes, hay un invencible obstáculo, la oposición de los padres del pundonoroso joven, conocedores, como todo Madrid, de los extravíos de la Montálvez.

Esta circunstancia es ocasión, merced á la traición de una infame amiga, de que llegue á descorrerse ante la hija de la protagonista, la punta del velo que ocultaba el vergonzoso pasado de su madre.

La impresión que le produce este horrible descubrimiento, es tal, que no puede resistirla su débil temperamento físico ni su delicadeza moral, y muere sin realizar su felicidad, como suave flor que tronchara casi en capullo, el huracán violento.

La madre, ante tamaña desgracia, se arrepiente de su pasado escandaloso, cuando ya no tiene remedio; pero se redirme y salva.

Todas las escenas de *La Montálvez* son cuadros tomados del natural, sacados de la realidad misma, llenos de rigurosa exactitud, de tal modo, que tienen toda la verdad de las obras de Daudet, en cuyo realismo, más bien que el naturalismo de Zola, se inspira el autor.

Todas las grandes pasiones de la corte, las escenas todas del Madrid moderno, están retratadas con asombrosa fidelidad, siendo tan admirable la perfección del dibujo, como la animación del colorido.

La misma realidad, igual sello de verdad, tienen los caracteres. La Montálvez no es una encarnación del del bien ni del mal, no es símbolo de ninguna idea abstracta, como suelen ser los personajes de los novelistas: es una mujer de carne y hueso, buena en el fondo; pero á quien la educación pervierte y el mundo corrompe; que siendo por esta razón mala, conserva algún rastro de bondad y, teniendo gran inteligencia, se equivoca, muchas veces, lastimosamente.

Su padre es el personaje político improvisado que desdeña á todo el mundo desde el endiosamiento de su elevada posición. La escena del banquete en el que ocurre su repentina muerte, es un prodigio de verdad y de exactitud en la que ridiculiza, con fina sátira, los brindis de nuestros hombres políticos.

La madre es vanidosa y altanera; pero ya he dicho al princpio que encuentro algo inverosímiles y sobremas repugnantes, los consejos que da á su hija antes del casamiento.

El hermano es un ser enclenque, raquítico, irascible que para nada sirve y en todo estorba, por lo que el autor tiene el buen gusto de quitarlo de en medio, dándole temprana muerte, en los primeros capítulos.

La hija es un tipo bellísimo, idealista quizá ó por lo menos poético, pero no romántico ni en manera alguna, falso. Tienen, en cambio, muchísima realidad los padres de su novio y su novio mismo, sobre todo la madre, la esfinge, como el autor la llama. Únicamente encuentro aquí inverosímil que el muchacho no supiera nada de los escándalos y licenciosa vida de la que iba á ser su suegra, pudiendo decirse como en *El hombre de mundo*:

“Todo Madrid lo sabía,  
todo Madrid... menos él.”

El seductor es una figura que no aparece nunca hedionda ni repugnante, sino atractiva, simpática, mefistofélica, por lo cual se comprende más, y hasta así se explica, aunque no se disculpa, la caída de la Montálvez. Lo inverosímil y repugnante aquí, como antes dije, es la ocasión en que esto ocurre, la víspera del casamiento, la noche que precede á la de la boda y todas las vergonzosísimas circunstancias con que el matrimonio se celebra, aunque ya dije también, que este pasaje tan crítico y tan escabroso, está tratado con la sobriedad, discreción y delicadeza que no faltan nunca, ni aun en sus extravíos literarios, á D. José de Pereda.

Es éste uno de los autores modernos que poseen estilo propio, que tienen originalidad en la expresión de sus ideas y de sus pensamientos.

Por último; el lenguaje de *La Montálvez* es como el de todas las novelas de Pereda: elegante, sin afectación, natural sin prosaísmo. Es quizá el novelador moderno más correcto, pues, sin tener sus obras los refinamientos académicos de Valera, ni el colorido y relieve que las de Alarcón, supera á Pérez Galdós, en la fluidez de la dicción y rotundidad de la frase.

En vista de cuanto llevo manifestado, no extrañarán

los lectores de LA ESPAÑA que les recomiende la lectura de *La Montálvez*, seguro, como estoy, de que, si atienden mi consejo, pasarán un delicioso rato, que les compensará del malo que pueda causarles esta reseña del irresponsal

MAFERGI.

22 de Febrero, 1888.

## LOS PUDOROSOS

Como cambian los tiempos! ¡Qué diferencia en trajes, usos y costumbres, y, como es consiguiente, en la manera de ver ó apreciar las cosas!

Desde la época de la trusa y el birrete, hasta la del frac y el sombrero de copa; desde la del tontillo hasta el actual polisón, ¡qué de variaciones no se advierten!...

Desde que la gente de buen vivir se acostaba á las siete de la noche, á excepción de los días en que había sarao, que duraba, algunas veces, hasta las nueve ó las diez, hasta la época actual en que á los que se recojen á la una ó las dos de la madrugada se les suele decir que se acuestan á la hora de las gallinas, ¡qué de diversos modos no se han juzgado las aventuras entre hombres y mujeres!...

En los pasados tiempos, los hombres, si bien eran muy respetuosos y comedidos con las damas y sólo se atrevían á bailar con ellas algún minué ó alguna gavota, guardando siempre una conveniente distancia, eran tan picarillos que se permitían el descaro de presentarse de calzón corto luciendo la redondez de sus pantorrillas; sin duda porque de este modo creerían más fáciles sus conquistas amorosas.

Desaparecieron aquellos tiempos y en los actuales, si bien es cierto que los hombres se suelen permitir, algunas veces, más liberalidades con el bello sexo, yo creo que esto ha de consistir en que la rigidez de costumbres en los padres es menor, ó en que el oído de las hijas es menos sensible. En cambio, á excepción de los gimnastas, los hijos del Celeste Imperio y los salvajes, los hombres son más pudorosos que antes y ya no dan al aire las más ó menos graciosas formas de sus piernas.

Estas costumbres modernas han venido en obsequio al natural candor de las hembras que, con razón, se sonrojan al ver la naturaleza tan al descubierto, como hoy se sonrojan al ver á los varones de sus familias con camisetas sin mangas.

En las mujeres, como ya se ha indicado, también el traje y costumbres han sufrido sendas transformaciones. El antiguo jubón, interiormente, y el corpiño al exterior, que sujetaban el cuerpo delicadamente, han sido sustituidos por el fuerte corsé, que no sólo sujeta, sino que eleva á la quinta potencia las protuberancias que, sin él, pudieran venir al suelo.

El vestido con mangas largas y abullonadas completamente cerrado al cuello y con el apéndice de una gran gola rizada, en donde se ocultaba parte del rostro, también ha sido sustituido, con ventaja, por el actual vestido de baile sin mangas y abierto hasta la mitad del pecho y de la espalda.

¡Y se comprende perfectamente este cambio en la moda! En los bailes se suda mucho y es natural que las señoras procuren alijerarse de ropa, sobre todo por la parte superior; como es natural, también, el que los caballeros, por no dar qué decir á la murmuración, ni ofender los hermosos ojos de sus graciosas mitades, vayan con cuello muy alto, corbata, chaleco y su correspondiente frac bien ajustadito, y, por añadidura, de negro que es el color más apropiado para achicharrarse.

Aquellas antiguas damas, tal vez se ruborizarían al ver los descotes que ahora se usan; pero, seguramente, sería por gazmoñería, porque nuestras damas de hoy los encuentran muy honestos; y la prueba de que no tie-

nen nada de particular, es que los llevan con el beneplácito de sus respectivos papás y maridos que, más civilizados y filósofos que sus antepasados, permiten que á la gavota y al minué haya sustituido el vertiginoso wals, la salteadora polka y la lánguida danza americana; bailes que se ejecutan, como todos saben, enlazando el varón á la hembra por la cintura, en señal de que los unos han nacido para las otras y las otras para los unos, ó para los otros.

Y bien: esta revolución hacia la civilización y el progreso, ¿á quién se debe?—Pues, sencillamente, á esa cara mitad, que, por la cara que cuesta, hace retraerse á la otra mitad barata: al bello sexo, al sexo débil.

Y apropósito de este sexo. Comprendo que se le llame bello, excepción hecha de las feas, pero eso de débil ya es harina de otro costal. Yo creo que el verdadero sexo débil somos los hombres: por lo menos de mí sé decir que en muchas ocasiones, y cuando poseía un palmito masculino que podía competir con los mejores, he recibido tremendas calabazas de las chicas que, con gran fortaleza, se resistieron á mis encantos varoniles: y, en cambio, yo puedo asegurar á VV. que, apesar de pertenecer al sexo llamado fuerte, si una niña bonita, ó cuando menos regular, me hace el amor, no me resisto á sus atractivos y desde luego le doy el sí tan apetecido.

También he visto en los circos acuestres mujeres atletas que se cargaban á cuatro hombres sobre los hombros y otras que sostenían á dos con los dientes: entre nuestras labradoras, las hay que de un encontrón posterior, bailando, por ejemplo, la gallegada, derriban á un moceño como un castillo.

Existen además mujeres que fuman, beben coñac, juegan al billar, montan, guían briosas parejas, tiran al sable y á la pistola, y resisten operaciones quirúrgicas dolorosísimas sin producir ni una queja; mujeres que abandonan el hogar por un quitarme allá esas pajas; otras que le arman un escándalo al mismísimo lucero del alba, y otras, en fin, que militan en el campo nihilista y suben al cadalso con un valor heroico.

En otro orden de cosas, en tanto que el sexo fuerte se defiende de los rigores del invierno con grueso sombrero, fuertes pantalones, gabán, capa y botas de montar de doble suela, el sexo débil desafía á los elementos con un ligero velo, un gracioso descote en el vestido de seda y un zapatito de tela que luce con coquetería á trueque de no ensuciarse de lodo los bajos de su vestido.

Y respecto á físico, ¿quieren VV. decirme la debilidad de esas tremendas y hermosísimas jamonas, ya sean jóvenes ó cotorronas, que por cualquiera parte que se las contemple se vé que están perfectamente cubiertas de apetitosas carnes?

¡Vamos! que no veo lo del sexo débil, á no ser en las mujeres que se hallen inapetentes ó con apetito y sin dinero, en cuyo caso ya podrán tener tanta debilidad como la que tienen los hombres, con apetito ó sin él, tratándose de ellas. Y aún así, nunca serán las mujeres tan débiles como los hombres; porque si nosotros tuviésemos que pasar, tan sólo por una vez, por cierto trance que ellas suelen pasar con bastante frecuencia, ¡Dios nos asista! ya no quedábamos ni uno para contarlo.

Pero dejemos á un lado la debilidad del sexo bello y volvamos al asunto capital de este artículo.

Decíamos que las señoras habían sabido introducir importantes variaciones en sus trajes, desterrando de ellos ridículas antiguallas.

Al mismo tiempo que los descotes dejaban paso á las puras brisas por la parte superior del cuerpo, se hizo sentir la necesidad de que por la parte inferior, que era la más castigada por el calórico, á consecuencia de la abundancia de prendas, penetrara también el suave céfiro embriagador. Al efecto fueron desapareciendo aquellos tremendos refajos de muletón y los molestos y anchurosos cabroncillos, prendas que fueron sustituidas primero por el miriñaque y últimamente por el polisón.

A primera vista parece más conveniente el miriñaque porque permite, por igual, la circulación del aire; pero cuando las señoras han aceptado el polisón como lo más conveniente, sus razones tendrán. Lo cierto es que, sin estas reformas, á nada conduciría la venta de medias de color, bien de hilo ó de seda, ni mucho menos los preciosos calados que en ellas se advierten y con los que la industria y el arte manifiestan sus adelantos.

Entre tanto los hombres, menos prácticos que esas mitades tan enteras, sustituyeron la holgada ropilla y los calzones bombachos con los actuales trajes, que hay que vestirlos con ayuda de poderosas máquinas de estire.

De todo lo dicho, resulta: que ellas se presentan ante el mundo como poderosas y hermosísimas matronas y nosotros como débiles *bebés* recién fajados.

¿Dónde está lo bello?...

¿Dónde lo moral?...

Yo, lo confieso ingenuamente; me gustan mucho más ellas por muy descotadas que se presenten, que ellos por mucho que se esfuerzen en ocultar sus formas para conquistar el renombre de pudorosos.

GREGORIO VIANA.

Manila, Abril del 88.

## CASINO MILITAR.

(Continuación)

Concluída la lectura del precedente trabajo, reemplazó en la tribuna al Sr. Scheidnagel nuestro querido amigo, colaborador de esta REVISTA, D. Fausto Manzanque y Montes, el cual leyó la inspirada composición poética que transcribimos á continuación.

### LA CIVILIZACIÓN Y LA ESPADA

*A mi amigo D. Miguel A. Espina.*

Ciérrase el horizonte; se ennegrece  
El claro azul del cielo; en los espacios  
Retumba el trueno con su voz potente,  
Y formando montañas y palacios  
De hojas y arenas que en tropel levanta,  
La tibia brisa se agiganta y crece  
Con un furor que espanta,  
Y forma el huracán, que en torbellino  
Rápido, altisonante, fiebrescente,  
Devasta y hunde, hierre, mata y seca,  
El árbol corpulento  
Que horas antes mecía suave el viento  
Con caricias de amor engañosas:  
La torre enhiesta que se alzaba altiva  
Mostrándonos la Cruz sobre la ojiva;  
El Señorial Castillo,  
Donde á la vez que canticos de amores  
De errantes trovadores,  
A que responden virginal gemido  
Y palabras de amor entrecortadas,  
Se oye, en un solo ruido  
Chocar de hierros y crujir de espadas.

Tal es la guerra; como el viento aleve  
Que el campo tala y la ciudad destroza,  
Sólo el espanto en derredor extiende,  
Llena de luto el pecho del anciano,  
Hace nacer el odio en la doncella,  
Y á la madre infeliz que gime y llora,  
La hace sufrir con sufrimiento insano  
Un siglo de tormento en cada hora.  
Tal es la guerra, sí; tal es la vida,  
Que vivir y luchar casi es lo mismo;  
A luchar y morir nacen los séres,  
A luchar y vencer nacen los hombres:  
Mas de esta lucha continuada y fiera  
A que se halla sujeto cuanto nace,  
Desde el hombre al plastidio y la monera,  
Se ve surgir en cada roja herida  
El germea floreciente de otra vida.

Siempre, siempre la espada abriendo paso  
A la luz inmortal del pensamiento,  
Afirmando al laurel de la victoria  
Todos los esplendores de su gloria.

Sesóstris en Egipto,  
Nabucodonosor en Babilonia,  
Ciro en Persia, sus reinos extendieron;  
Y Milcíades, Temístocles, en Grecia,  
Aristides, Cimón, cuyos laureles  
Pagó con el destierro un pueblo ingrato,  
Con las Médicas guerras en Atenas  
El siglo de Pericles produjeron.  
En Macedonia el ínclito Alejandro  
*Ante quien muda se postró la tierra,*  
Y en Roma Julio César el invicto,  
Los dos más grandes genios de la guerra,  
A la par que sus reinos aumentaron  
La cultura en los mismos implantaron.

La sangre de los mártires sagrada  
Abonandó la tierra ya gastada  
Del Imperio Romano,  
De aquella sociedad envilecida  
De brotar pujante el Cristianismo:  
Y con la santa Cruz al pecho asida,  
Y el perdón en los labios generosos,  
Al caer en la arena el flel cristiano,  
Cada frase de amor, era una herida  
De muerte al Paganismo.

(Se continuará)

## MESA REVUELTA

Hemos visto cartas de la provincia de La Unión, en las que se dedican elogios muy sinceros y expresivos al Gobernador de la misma, D. Luís Quesada.

Nos complacemos en felicitar por ello á este distinguido Jefe militar, que sabe grangearse las simpatías de todos sus subordinados.

El muy ilustrado Brigadier de Ingenieros, Excmo. Sr. D. Rafael Cerero, marchará en breve al Japón, para desempeñar una importantísima comisión científico-político-militar, que se le ha conferido.

Lleva á dicho Imperio una escogida colección de productos agrícolas, forestales, mineralógicos é industriales de Filipinas.

Conocidas las brillantes dotes de inteligencia y saber que adornan al expresado Oficial General, no es dudoso que el resultado será digno de la persona á quien se ha nombrado para ejercer la referida comisión.

\*\*

Hemos recibido un ejemplar de la interesante obra titulada: *Manual Teórico-práctico de los procedimientos judiciales militares.*

Su autor, el ilustrado Auditor de guerra D. Carlos Arriera y Llamas, ha conseguido reunir en un solo tomo de 350 páginas, el texto íntegro de la Ley de Enjuiciamiento militar, con las fórmulas necesarias para la práctica de todos los preceptos de la misma, en lo que se relaciona con los fiscales instructores y los consejos de guerra; las referencias necesarias de las Leyes de Enjuiciamiento común civil y criminal, añadiendo breves consideraciones acerca de la forma y manera de suplir el cilencio de la Ley militar, en los casos en que las Leyes comunes no contienen preceptos aplicables.

Todo ello está expuesto con tanto orden y claridad, que no podemos menos de recomendar, como utilísimo el volumen del Sr. Arriera á cuantas personas interesan esta clase de conocimientos judiciales.

\*\*

Entre amo y criado:

—Oye, Goyo: ¿quién fué Magallanes? ¿sabes tú?

—No sabe, señor.

—¿Y Legaspi? ¿sabes tú?

—No sabe, señor.

—¿Y Don Simón de Anda? ¿Tampoco sabes tú?

—No sabes, señor.

—¿Pero, es posible que no sepas quién fué Don Simón de Anda?..

¿No lo sabes?

*El bata, después de pensarlo mucho:*

—Siguro castila.